

3) PETICION DE PERDON

Quien comete una falta contra otro, si es humilde, acude luego a pedir perdón.

Es evidente que somos pecadores que ofendemos a Dios. Y como todos los hombres somos hermanos tenemos que preocuparnos de las faltas de los demás e incluso de las almas que están en el purgatorio. Pero las faltas que cometemos y cometen contra Dios son muy grandes. ¿Cómo pedir perdón? No tenemos nada personalmente ni valemos nada ante Dios.

Sabemos, sin embargo, que la Misa es Sacrificio *propiciatorio* (propiciar es aplacar la ira de uno, haciéndole favorable, benigno). Es propiciatorio y así lo dijo Cristo: “Esta es mi Sangre que será derramada por la remisión de los pecados” (*Mateo 26,28*).

Esto es lo que hacemos en la Misa. Le decimos a Dios: no soy nada para pedirte perdón, no tengo nada para aplacar tu ira por tantos pecados. Pero te ofrezco el Sacrificio de tu Hijo, para que Tú apliques los méritos que Jesucristo nos ganó en la Cruz en remisión de nuestras culpas.

En la Misa, por tanto, estamos en condiciones de que nos perdonen los pecados por grandes que sean. No se nos perdonan los pecados de modo directo, como en el Sacramento de la Reconciliación, sino en cuanto excita en nosotros, sentimientos muy eficaces de contrición, de pedir perdón, que, si tenemos pecado mortal, nos moverán a acudir al Sacramento de

la Reconciliación para obtener la absolución y estar, de nuevo, en gracia de Dios. Además, por el Sacrificio propiciatorio, se alivian las penas temporales a las benditas ánimas del purgatorio.

4) SUPPLICAS

¡Necesitamos tantas cosas! En esta tierra quien no puede mucho, acude—por parentesco, amistad o recomendación—a quien tiene posibilidad de ayudarlo. ¿Quiénes somos nosotros, pobres criaturas, para acudir ante Dios y conseguir un favor?

Ciertamente no somos nada. Pero Cristo es el Hijo de Dios y es “siempre escuchado en razón de su dignidad” (*Hebreos 5, 7*). Jesucristo nos prometió algo que nos llena de consuelo: “En verdad os digo que cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre os lo concederá” (*Juan 16, 23*).

Por eso en la Misa acudimos diciendo: “Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo—nos dirigimos al Padre—que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos”.

Con esta recomendación, nosotros que no somos nada podemos acudir confiados en la Misa diciendo: “Todo lo puedo en Aquél que me conforta” (*Filipenses 4, 13*), en Aquél que gracias al Sacrificio de la Cruz, se quedó como alimento que me hace fuerte.

Vivir la Santa Misa - Pablo Arce Gargollo

La Vulgaridad y la Santa Misa



Al preguntarle a Chesterton -aquél novelista inglés que se convirtió al catolicismo- qué es la vulgaridad, contestó: me parece que la vulgaridad es: **"estar ante algo grandioso y no darse cuenta."**

Algunos no se dan cuenta en dónde están. Prefieren, incluso, quedarse atrás y mirar de lejos: no se dan cuenta.

FÍJATE BIEN..... Frente a frente.

¡Casi tocamos ese Amor inmenso que Dios nos tiene!

Amigo lector: ¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿En qué piensas? Fíjate bien:

Asistes *al mismo* Sacrificio que el de la Cruz: ¡Cristo que se ofrece al Padre celestial por ti y por mí!

—Considera ese portentoso milagro: el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo Señor nuestro;

—Si vives en gracia (con conciencia de no estar en pecado mortal), Cristo se entrega diciendo: ¡Cómeme! Sus palabras nos llenan de esperanza: “Si alguno come de este Pan vivirá eternamente” (*Juan 6, 51*);

—Advierte que en la Misa actúa la Santísima Trinidad: por voluntad del Padre y con la cooperación del Espíritu Santo, el Hijo —Jesucristo—, se ofrece;

—Están en la Misa, además, la Virgen Madre de Dios y Madre nuestra, Asisten, de algún modo, todos los santos. Los ángeles — ¡miles y miles!—Se apresuran también para unirse a este acto de adoración que todas las criaturas en el mundo entero—desde que sale el sol hasta el ocaso—, tributamos llenos de alegría a Dios.

—Ante la Santa Misa, ¿qué haces tú?

—(...)

—¡Que qué hago yo! Pues,.. procuro dirigirme a Dios —por medio de su Hijo Jesucristo—para *adorarlo* y *darle gracias*. Acudo en la Misa a su Misericordia para pedirle perdón por tantas y tantas faltas y, con plena confianza - la de un hijo con su padre—le *pido favores*, seguro de que me escuchará. Trata de hacer lo mismo al enterarte bien acerca de *los fines* de la Santa Misa. Intenta no sólo asistir, sino vivir el Santo Sacrificio de la Santa Misa. Aprende a meterte en las palabras y en las oraciones. Fíjate incluso en los gestos del sacerdote, que en el altar es el mismo Cristo.

Ojalá y con estas sugerencias logres estar cerca, bien metido en la Misa como lo estuvo la Virgen al pie de la Cruz, Acude con confianza a Ella. Estoy seguro de que te hará ver otras cosas maravillosas del Santo Sacri-

ficio, ¡Ah! Si quieres y te acuerdas, únete a las intenciones de mi Misa; yo pediré por las tuyas.

LOS FINES DE LA MISA

(Cuatro cuentas)

Escuché de labios de un santo y muy docto sacerdote, la explicación de *los fines de la Misa*, como de *cuatro cuentas*.

En esta vida los hombres tenemos cuentas que pagar. Se paga con dinero, con atenciones, con trabajo, con acciones... y, a veces, no es fácil pagar.

A Dios tenemos que pagarle cuatro cuentas: *adorarlo* por ser Dios; *darle gracias* por todo lo que nos da; *pedirle perdón* por las faltas que cometemos y *suplicar su ayuda*, pues solos—bien comprobado lo tenemos—no podemos nada.

1) ADORACION

A las personas se les saluda según su rango en la tierra; a un amigo con un estrechón de manos, a una autoridad quizá con nuestro aplauso. A Dios, que es nuestro Creador y nuestro Padre, ¿cómo le saludaremos? Adorándole. ¿Y cómo le adoramos de un modo digno y sublime? En la Santa Misa.

Los reyes magos, para *adorar* a Dios “abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra” (*Mateo 2, 11*). Nosotros podemos hacer algo más que los reyes magos. En la Misa presentamos como homenaje de nuestra adoración, algo más excelso: le ofrecemos

a Dios nada menos que el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que tiene un valor infinito.

Como hombres, si tuviéramos posibilidades, le ofreceríamos a Dios todos los bienes de la tierra, pero bien sabemos que no son nada comparado con lo que ofrecemos en el Santo Sacrificio.

Por eso, en la Misa podemos adorar a Dios como se merece, gracias a que Jesucristo quiso instituir el Sacrificio y el Sacramento de la Eucaristía.

2) ACCION DE GRACIAS

Eucaristía quiere decir acción de gracias. ¿Cómo darle a Dios gracias por tantos y tantos beneficios?

Una persona —.si es medianamente educada—, al recibir un regalo lo agradece, y si el obsequio es de gran valor al aumento en agradecimiento se suma cierta obligación de devolver de algún modo el beneficio.

En la Misa nos presentamos ante Dios para decirle que personalmente no tenemos nada de valor que ofrecerle manifestando nuestro agradecimiento. Pero sí podemos dirigirnos a El llenos de confianza diciendo: Tú me has dado a tu Hijo en la Sagrada Eucaristía para que sea alimento de mi alma. Pues te ofrezco a tu Hijo en *acción de gracias*. Te regreso un Bien infinito.

Así, en el Sacrificio del altar, pagamos bien nuestro deber de gratitud: ofrecemos a Dios un don de valor infinito. La Misa nos libra así de ser ingratos con Dios.